



## CAPITULO XII.

Eleccion del Gran Maestre.—Situacion de la Tierra Santa.—Combate sangriento.—Expedicion contra Armenia.—Un cuerpo de cruzados marcha á Palestina.—Derrota de los cristianos.—Convenio entre la órden del Temple y el sultan de Damasco.—Retirada del rey de Navarra.—Tratado de Ricardo, hermano del rey de Inglaterra con el sultan de Egipto, con el cual se estipuló la posesion de Jerusalem y otras ciudades, y cange de prisioneros.—Reedificacion de las murallas de la Santa Ciudad.—Proyecto de fortificar á Saphet (la antigua Betulia).—Noticias diversas.—Desórdenes y desgracias en Jerusalem con la entrada de los Corasminos.—Batalla de Gaza.—Muerte del Gran Maestre.

**D**ESPUES de la muerte del Gran Maestre, Fr. Armando de Peiragros el Capítulo General de la Órden pasó á la eleccion del nuevo jefe superior, recayendo la suerte á favor de un ausente, Fray Herman de Perigord, en aquel entonces Preceptor de Calabria y Sicilia, Templario capaz por sus virtudes y méritos para reemplazar al difunto; este caballero descendia de los antiguos condes de Perigord.

Dicha casa es la misma que la de Taylerand. Por la semejanza del nombre, Dupuy en su historia de los Templarios ha confundido á Herman con su predecesor Armando (1).

(1) Dupuy pag. 535. Los de la familia Perigord son designados por Petragoriens, y los de la casa de Peiragros, por Petragrossa.

El nuevo Gran Maestre podía mas bien tener motivos para considerar su elevación á puesto tan peligroso por verdadero contra tiempo antes que escitar su vanagloria, mayormente en los difíciles tiempos por los cuales atravesaba el Oriente, y la órden sin socorros, despojada en Nápoles y Sicilia, espuesta á los resentimientos del emperador, y á las invasiones de Bela rey de Hungría, y de su hermano, Colomar duque de Esclavonia. Estos dos príncipes, de carácter completamente diferente de su hermana Sta. Isabel, arrebatában tanto á las Iglesias como á los caballeros las donaciones que les habían hecho los reyes de Hungría, llegando á tal extremo que el Papa interviniendo en este asunto les amenazó, representándoles su conducta criminal, y el mal ejemplo que daban, intimándoles el cumplimiento del juramento que había hecho ante el arzobispo de Colocz de restituir cuanto habían arrebatado, pues de lo contrario decía el Papa. «Cualquiera que pueda ser el efecto que Nos hemos tenido por vos hasta el presente, Nos no podemos dispensarnos de trataros con rigor segun los deberes de nuestro cargo pastoral» (1).

En este tiempo las fuerzas de los Cruzados se hallaban considerablemente disminuidas, lo mismo que las del Temple y del Hospital, lo que obligó, á las Ordenes á reclamar de Europa no solamente á los caballeros sino también nuevos reclutas ó novicios, siendo la razón de admitir luego como profesos á los que pedían la capa y cruz de Templario ú Hospitalario sin la observancia de la regla que prescribía un año de noviciado; las circunstancias y los apuros para la defensa pronta y apremiante que pedía la Tierra Santa hicieron prescindir á las dos Ordenes del cumplimiento exacto de esta obligación; y á pesar de que continuamente llegaban á Palestina jóvenes caballeros afiliados á las Ordenes, y por numerosos que fueran, solo servían para cubrir los grandes vacíos que habían causado los obstinados sitios, los sangrientos choques, y las batallas mortíferas, que habían diezmado sus filas; no obstante de dichos refuerzos, repetimos, la Tierra Santa se encontraba sin socorro, sin tropas y sin soberano. Ya se sabe, como hemos dicho, quien estaba encargado en esta época del gobierno del reino, sin la presencia del soberano y sin subordinación por parte de los jefes que le representaban. Solamente los Templarios y Hospitalarios formaban la única fuerza compacta y subordinada para hacer frente al musulmán.

Tal era la situación de los asuntos, cuando Perigord partió de Sicilia para encargarse del maestrazgo. Apenas fué revestido de tan alta dignidad, ya tuvo que hacer frente á los infieles. Habiendo estos querido apoderarse de un castillo guarnecido por los cristianos cerca de Alepo, el Gran

(1) Odoricus Rainaldus, año 1237, n.º 66.

Maestre á la cabeza de sus caballeros y de otras fuerzas, acudió á su socorro obligando á los sarracenos á levantar el sitio, y persiguiéndoles con no pocas ventajas hasta más allá de sus fronteras, pero por desgracia cegados los Templarios con aquel triunfo, tuvieron que sostener la impetuosidad del musulmán que volvió cara sostenido por un respetable cuerpo de tropas que le llegó de refuerzo; la batalla fué mortífera, el valor que desplegaron los Templarios, como siempre, en esta fué sublime, sin embargo su firmeza en combatir y no retroceder jamás, la derrota que experimentaron fué completa, el enemigo perdió 3,000 hombres. El Gran Maestre con 8 Templarios tuvo la suerte de escapar de las manos sarracenas. 100 caballeros y 300 ballesteros á sueldo de la Orden y muchos otros cruzados cayeron prisioneros y conducidos cautivos á Alepo, sin contar los que quedaron muertos en el campo de batalla (1).

Al relatar esta batalla, Mateo de Paris, ordinariamente mal informado, y prevenido siempre contra los Templarios, dice, que en esta ocasión pagaron cara su temeridad, por su imprudencia en combatir con fuerzas tan superiores como eran las de los sarracenos, acusando la pérdida de esta jornada á Fr. Guillermo de Montferrat Preceptor de Antioquia, el cual habiendo comprometido la acción contra el parecer de sus hermanos, fué el primero que huyó contra los estatutos y costumbre de la Orden.

Este Fr. Guillermo es el que algún tiempo antes había gestionado para la unión de los nestorianos con la Iglesia Romana.

El Templario que se distinguió de una manera heroica fué el bravo Fr. Renaldo de Argenton Ingles, el cual llevaba el *Baucan* ó *Balza*, que no fué posible arrancárselo, hasta haberle cortado los brazos y hecho pedazos. Otro Templario Preceptor vendió tan cara su vida y no sucumbió sino después de haber muerto con su terrible espada á 16 sarracenos, y herido mortalmente á muchos otros (2).

La desgraciada suerte que cupo á los Templarios y parte de sus tropas á sueldo de caer prisioneros y cargados de cadenas esclavos en Alepo escitaron la compasión y se reclamó del emperador procurase su libertad. Deber suyo era; pues ellos defendían su territorio y muy fácil le hubiera sido librar á dichos caballeros de las cadenas y de la cautividad que sufrían, sin embargo nada hizo para ello, Gregorio IX, más humano y más compasivo, les envió una carta para consolarles, espresando en ella su ternura paternal, exhortándoles á la paciencia y á purificarse por la tribulación, asegurándoles, que sin descanso y poniendo todo su valimiento procuraría su libertad (3).

(1) Odoric, Rainald. año 1237, n.º 84. Ducange Glossar, verbo Balcanifer. Chron. Alberici año 1237.

(2) Mat. de Paris, año 1237.

(3) Odoric Rainald, año 1237, n.º 85.

En efecto se apresuró á recomendarles al rey de Chipre, interesando tambien á todos los señores orientales, para obtener un cange ú otro medio que libertase á tan ilustres prisioneros.

Mientras se gestionaba este asunto, llegaron de Roma las comisiones que recomendaban á los Grandes Maestres el restablecimiento de la union y armonía entre los alemanes, y la nobleza y pueblo que habian arrojado de Tolemaida á los alemanes obligándoles á refugiarse en Tiro.

Por respeto, autoridad y pujanza de las dos Ordenes, se aceptó su mediacion, admitiendo otra vez en dicha ciudad á los alemanes, restablecióse la tranquilidad, manteniéndola los caballeros, únicos soberanos que gobernaban las reliquias del reino pues á pesar de la presencia del lugar-teniente del emperador, los caballeros desempeñaban los cargos y empleos públicos y administraban la justicia tanto á los extranjeros como á los del país.

El afan que tenia el Sumo Pontífice para la union y concordia de los orientales, el cuidado que se tomaba en escitar á los pueblos á cruzarse, demuestran patentemente el deseo y la decidida voluntad que tenia para el recobro de los Santos Lugares, y este afan que le devoraba, se dice, que era tanto más en cuanto «tenia el dolor de saber cotidianamente la desunion y encarnizamiento con el cual las dos Ordenes procuraban destruirse mutuamente por intereses de poca importancia (1).»

Todo lo antecedente es falso y calumnioso, el caballero Jauna es el único escritor que vanagloriándose de escribir la historia con más exactitud que los otros, ha llevado su atrevimiento á consignar un hecho destituido de todo fundamento.

Si los caballeros se hallaban encarnizados los unos contra los otros en la época que recorreremos, ¿cómo se comprende que el Papa les encargase la reconciliacion y armonía de los barones, no exhortándoles á ellos mismos á vivir en paz?

En la carta que el Papa dirigió á los Templarios este año, nada se habla de las divisiones cotidianas, que se dice, existian entre las dos Ordenes, y, en prueba de lo contrario, diremos, que en vez de buscar en este tiempo el destruirse una y otra, aconteció que el Gran Maestre del Hospital reclamando al sultan de Hama el pago de sumas considerables que debia como tributo á su Orden y rehusaba satisfacer, el Gran Maestre del Temple reunió todas las fuerzas que pudo, y se unió con los Hospitalarios, y juntos á mano armada emprendieron la marcha para reclamar lo que injustamente rehusaba pagar dicho sultan (2).

(1) Hist. general de Jerusalem tom. 1, pág. 558.

(2) Tyrri cont. hist. col. 715.

A la vista de las fuerzas reunidas, se obtuvo el pago del tributo, por mediacion del sultan de Damasco, el cual viendo la devastacion que hacian los cristianos en el territorio de su sobrino, le aconsejó satisficase las sumas reclamadas, á las cuales se habia sujetado voluntariamente y sin violencia.

Despues de haber prestado este servicio á la Orden Hospitalaria, el Gran Maestre del Temple reunió sus fuerzas con las de Bohemundo V, príncipe de Antioquía, para una expedicion contra Armenia y vengar el ultrage que se decia haber sufrido en la persona de algunos de sus súbditos que el rey de Armenia habia condenado á una muerte infamante. Este príncipe se llamaba Haiton, yerno y sucesor de Leon tantas veces en querellas pero por fin reconciliado, á lo menos aparentemente con los Templarios en 1213. Haiton, heredero del odio que su suegro tenia á los vasallos del Temple, habiendo sabido que ellos habian amenazado con introducir tropas en Armenia para hacer represalias por los atropellos que sufrían, mandó prender á los tales, colgando á unos, y azotando á otros. Los caballeros que se consideraban independientes de toda autoridad secular, y con derecho á defenderse con las armas en la mano contra un cristiano, siempre que fuesen ellos atacados, (1) se pusieron en marcha, avanzaron en buen orden, y entraron en Armenia. A la primera noticia de su entrada en territorio armenio, Haiton se apresuró á enviar una diputacion: sea que se reconociese culpable, ó que no se hallase en estado de hacer frente, ofreció dar cumplida satisfaccion. Despues de haberse echado en cara una y otra parte mútuas injurias, se vino á un arreglo ventajoso para los Templarios, retirándose contentos de esta expedicion, como si hubiera sido contra un príncipe musulman (2).

La suerte de las armas en Oriente no fué muy favorable como lo vamos á ver.

1238. Apesar de las apremiantes necesidades en que se hallaba la Tierra Santa, dos cosas contribuyeron al retardo de la Cruzada que se habia predicado: las victorias de las armas imperiales en el estado eclesiástico, y los disturbios de la Romanía. Juan de Briene llamado á Constantinopla para gobernar durante la menor edad de Balduino II, habia muerto en 1237. Balduino heredero presuntivo de este imperio vacilante, se hallaba ocupado en Europa mendigando socorros para oponerse á los griegos y búlgaros. No obstante obtuvo del rey de Inglaterra 500 libras que le fueron entregadas por Fr. Ricardo Renger y Fr. Hugo de Stocton Templarios guardas del Tesoro real en la torre de Londres. S. Luis le prestó 50,000 li-

(1) Véase lo dicho en 1208.

(2) Tyrri cont. hist. col. 716, 717.

bras parisienses, por cuya suma Balduino hipotecó su condado de Namur, confiando su administración á los Templarios en nombre del rey de Francia hasta la devolución de la suma prestada (1).

El Papa no pudiendo favorecer como deseaba á Balduino, permitió que una parte de los cruzados, que estaban preparados para embarcarse hácia Palestina, tomase el rumbo de Constantinopla. Los Hospitalarios en esta ocasion dejándose ganar tomaron el partido del emperador Vatace, porque les habia concedido algunas propiedades á fin de defenderle contra los latinos. Solamente Teobaldo rey de Navarra, el Obispo de Marsella, los condes Enrique de Bar, Alberico de Montfort, Gui de Nevers, Juan de Macon y algunos otros señores de la nobleza francesa á la cabeza de un cuerpo respetable tomaron el camino de Siria, los unos por mar y los otros por tierra. De los últimos, por causa de las enfermedades y fatigas, apenas llegó á Palestina la tercera parte.

Antes de emprender la marcha dicha expedicion, los prelados y Grandes Maestres habian avisado la utilidad de que se embarcase en Marsella ó Génova, y lo hiciera prontamente, por cuanto parecia que el enemigo no respetaba la última tregua, en segundo lugar de dirigir el rumbo hácia Chipre para proveerse de víveres, conferenciar con los caballeros y barones y deliberar cuál de los dos seria más conveniente, abordar en Siria, ó desembarcar en Egipto (2).

1239. Los cruzados que siguieron puntualmente las instrucciones dadas por los prelados y Grandes Maestres, esto es, los que se embarcaron en Marsella fueron los únicos que tuvieron un viaje feliz, la expedicion aunque mediana en comparacion con el grande ejército que se esperaba, no obstante reanimó la esperanza de los cristianos de Palestina, y con especialidad la de los caballeros que no se fiaban de los jefes del emperador. Apenas hubieron desembarcado los nuevos cruzados, sin esperar aviso ni infruccion de personas conocedoras del país, empezaron á recorrer la campaña, robando, saqueando y devastando indiferentemente todo el llano del territorio, cada uno segun su capricho, contra el parecer y voluntad de los templarios que reprobaban enérgicamente estos pillages (3).

Envanecidos por tales resultados, siguieron adelante bajo el mando de los condes de Bar y de Montfort, y sabiendo por los confidentes del Temple que un cuerpo de 1,500 sarracenos se hallaba atrincherado en las cercanías de Gaza, fueron allí para desalojarle. El enemigo, colocado en una altura, lejos de retroceder, esperó su avance, abalanzáronse rápidamente sobre los cruzados para ponerles en desórden.

(1) Rimeri tom. I, pág. 380. Hist. de Constantinopla pág. 118.

(2) Thesaurus Anecd. tom. 1, col. 1012.

(3) De constructione castris Saphet in Baluz, Miscell. lib. 6, pag. 357, «de suis viribus præsumentes et Templariorum et aliorum consilium contemnentis.

Aturdidos los cristianos por hallar aquella gente prevenida, cuando creian sorprenderla, trataron de retirarse del peligro á que su temeridad les habia conducido, pero el musulman reforzado con nuevos cuerpos, envolviolos por todas partes, estrechándolos de tal manera, que apenas pudieron escapar algunos. Los condes de Bar y de Clermon, con varios señores, quedaron tendidos en el campo de batalla, después de haber hecho prodigios de valor. El conde de Montfort, casi toda la infanteria, algunos caballeros de las dos Ordenes, que á su pesar fueron arrastrados á esta empresa, quedaron prisioneros y conducidos al Cairo (1).

1240. Esta derrota esparció el terror entre los cruzados, causando el mayor disgusto á los Templarios, el saber la resolucion del rey de Navarra que á consecuencia de este desastre queria abandonar la Palestina y reembarcándose dejaba espuesta á la Orden del Temple al resentimiento de aquellos á quienes se habian devastado sus propiedades.

Solamente un medio seguro podia detener el peligro, y era el de tomar partido entre las querellas que dividian entonces á los sultanes. En una carta que el Gran Maestre del Temple Fr. Herman de Perigord dirigió á Fr. Gautier de Avenes, se habla de esta division que existia entre Al-Malec-Ismael, Sultan de Damasco, y Al-Malec-Ayub, que habia usurpado el sultanato de Egipto. Para conseguir desposeer al usurpador, el Sultan de Damasco envió un Emir á los cristianos con plenos poderes para tratar con ellos. Los Templarios especialmente aprobaron las proposiciones del embajador, y consintieron en aliarse con su soberano, con la condicion de que dentro de 40 dias, entregasen al Temple los castillos de Bellfort y de Saphet, con todo el territorio que habian poseido los primeros cruzados desde el mar hasta el Jordan; y los cristianos por su parte se comprometian á no hacer ninguna tregua ni tratado con el sultan de Egipto, sin consentimiento de Al-Malec-Ismael. Acordado este convenio, el Gran Maestre Fr. Herman, y muchos condes lo juraron así como gran parte de los cruzados; pero como este tratado se hizo sin la participacion de los Hospitalarios, estos lo desaprobaron, y no contentos de confederarse á su vez con el usurpador, comprometieron el resto de los cruzados á seguir su ejemplo. Así se vé que por semejantes alianzas extravagantes y poco naturales, los cristianos se hallaban divididos, cabalmente en los momentos que más necesidad tenian de estar compactos y unidos contra el enemigo comun (2).

El Gran Maestre del Temple, contentísimo por haber concluido un tratado que le parecia muy ventajoso, se creyó en el deber de comunicarlo á sus súbditos ingleses, enviándoles una carta dirigida á Fr. Roberto de

(1) Tyrrii cont. hist. col. 721.—Item. Hist. gen. de Jerusal. lib. 11. cap. 2.

(2) Tyrrii cont. hist. Alberici Chronicon.

Saonfort procurador general. El mensajero encontró por el camino la escuadra del conde Ricardo hermano del rey de Inglaterra que iba al socorro de la Palestina.

El rey de Navarra, al tener noticia de la próxima llegada del conde de Cornouailles, 15 días antes se embarcó con los restos de sus tropas, á fin de que aquel no fuese testigo de su infortunio. La llegada de Ricardo consoló algún tanto á los orientales, de la marcha precipitada del rey de Navarra. Las dos Ordenes procuraron cada una atraer al conde á su lado, pero este tuvo la prudencia de no inclinarse ni á una ni á otra; no obstante, al ver que Al-Malec-Ismael aplazaba el cumplimiento de su palabra ofrecida á los Templarios, resolvió, al espirar los 40 días, firmar alianza con el sultan del Cairo, por cuanto este concedía ventajas superiores de las acordadas por el de Damasco, como veremos luego.

Ricardo, así que hubo desembarcado, sabedor de cuanto había acontecido, y considerando que el Emir de Carak, dependiente del sultan de Damasco, no observaba la tregua, ni se cumplía el tratado últimamente firmado, se puso á la cabeza del ejército y avanzó hasta Jaffa, donde recibió una embajada del sultan de Egipto, que se hallaba en guerra con el de Damasco, ofreciendo de su parte una tregua. Ricardo accedió á ello aconsejado por el duque de Borgoña, el conde Gualtier de Brienne sobrino de Juan ex rey de Jerusalem, el Gran Maestre del Temple y la mayor parte de los barones del país. El tratado consistía en que los musulmanes saldrían de Jerusalem, devolverían Belén, Nazaret, y demás ciudades y castillos que aseguran el camino de la capital de Judea, que todos los prisioneros serían cangeados, (estos eran en número de 33 señores 500 soldados, con algunos caballeros y sirvientes de las dos Ordenes militares) y que los cristianos podrían levantar otra vez las fortificaciones de Jerusalem y de las demás plazas cedidas. Este es el principal servicio que prestó Ricardo con su cruzada á los orientales, durante su permanencia en Palestina (1).

Este príncipe inglés, á falta de hazañas militares concluyó el tratado de que hablamos, y que por cierto fué de grande utilidad y alegría para los cristianos, que pudieron libremente habitar en la Santa ciudad de Jerusalem, la ciudad de los grandes misterios de la Redención. El Patriarca con todo el clero entró procesionalmente en Jerusalem, bendijo y purificó de nuevo las iglesias, celebrando con gran contentamiento de los cruzados, los misterios de la Religión. El Gran Maestre del Hospital ofreció al Patriarca todo el tesoro de su orden para contribuir á la reedificación de las murallas de la Santa ciudad, y en efecto se empezaron desde luego tan

(1) Mateo de Paris.

importantes trabajos, pero lentamente por razón de la penuria y extraordinaria latitud de la ciudad.

Entre tanto continuaba la implacable discordia que dividía el sacerdocio y el Imperio en Italia. El Papa cada día más descontento del proceder de Federico había fulminado otra vez sentencia de excomunion que mandó circular por toda Europa, una de las quejas que dirigía á dicho emperador, era el no haber querido restituir á los Templarios los muebles é inmuebles que les habían sido arrebatados, á pesar de los convenios y de la palabra que había empeñado. A semejantes cargos se respondía por parte del emperador. «Es verdad que se han quitado á los dichos Caballeros algunos estados llanos que ellos habían comprado, porque en Sicilia no podían poseerlos sino á condición de revenderlos á otros ciudadanos dentro el año; sin embargo se les han dejado las tierras que disfrutaban antes de la muerte del rey Guillermo, se les han quitado también algunos feudos siguiendo la antigua constitucion del reyno de Sicilia y además por razón de haber sido concedidos por los enemigos del emperador (1).»

Todas estas razones no satisficieron al Papa, quien reiteró las mismas demandas. Federico llevó su venganza hasta mandar demoler un hospital edificado con las limosnas de los fieles situado en Carolés, por que los Templarios tenían su administracion, y con sus despojos levantó un palacio en Nocera de donde obligó á que lo abandonasen los cristianos para establecer allí musulmanes (2).

En Alemania el Arceobispo de Sasau legado del Papa para oponerse al emperador deputó al Duque de Austria, tres Templarios tres Hospitalarios y otros tantos teutónicos en union de algunos eclesiásticos para que intimasen á dicho príncipe las órdenes de Gregorio IX, pero no tuvo resultado, no queriéndose someter el emperador Federico.

El sultan de Damasco cumplió al fin las condiciones del tratado conenido con los Templarios. Los cristianos conociendo la suma importancia de levantar los muros de Saphet ofrecieron al Gran Maestre del Temple anticiparle 7,000 marcos de plata para empezar las fortificaciones, y durante 2 meses pudiera emplear las tropas del ejército para los trabajos que considerara convenientes, las proposiciones no podían ser más aceptables, pero el Gran Maestre tuvo el dolor, de verlas desvanecidas tan pronto como habían sido concebidas, por la inconsecuencia de los jefes del ejército: solamente Benito de Alignan Obispo de Marsella fué constante en el proyecto, y he aquí el por qué. A la vuelta de una peregrinacion que había hecho este prelado, se detuvo algunos días en Damasco, y por las conversaciones que tuvo con los sarracenos, entendió la grande apre-

(1) Odoric Rainab, año 1239.

(2) Script-Italici tom. 3 col. 583.